

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

Los tejedores catalanes

Cuando el 11 de abril de 1842 regresan de Madrid Juan Munts y Simón Buldú, dirigentes de la Sociedad de Protección Mutua de Tejedores de Barcelona, la incógnita que desde dos años antes viene pesando sobre las primeras asociaciones obreras de nuestra era industrial, parece haberse resuelto favorablemente. Ante la aprobación legal que entrañaba la Real Orden obtenida de Espartero el 29 de marzo, miles de trabajadores ofrecieron al director de la sociedad Munts y su acompañante un recibimiento triunfal. Las Juntas Directiva y Consultiva de aquella le esperaban en Molins y en Sant; los comisionados de fábricas y cajeros, al frente de la masa de obreros asociados. Entre ellos, miembros de las sociedades de protección mutua más jóvenes, como zapateros y alpargateros. De Sant, la comitiva se trasladó a Barcelona. «Después de las escenas de Sant —relata El Corresponsal, de Madrid—, emprendieron los tejedores su marcha hacia esta capital, y serían como las siete y media cuando entraban por la puerta de San Antonio, formando una extensísima procesión, alumbrada de trecho en trecho por más de doscientas hachas de viento». Un mes más tarde, los tejedores celebraban el segundo aniversario de la fundación de la sociedad, con un desfile de seis mil trabajadores y unas ceremonias en que se inauguraba el pendón simbólico de sus aspiraciones: «En el centro del pendón se observa un genio rompiendo

una coyunda, con lo que se alegoriza la emancipación. A un lado, algunas máquinas y un arado representan la industria y la agricultura; al otro, un barco en lontananza representa el comercio. Alrededor del lienzo se lee: "Industria, agricultura y comercio". La fuerza de la sociedad se halla representada por un león». El final de la vida pública de la Sociedad de Tejedores estaba, no obstante, próximo: el levantamiento barcelonés de noviembre de 1842 fue seguido de la disolución de la misma por el general Seoane, y el aplastamiento de la sublevación centralista de la Jamancia un año más tarde, confirmó su destino de ilegalidad en la década moderada. En efecto, entre las fuerzas de la Jamancia figuraba una compañía de tejedores, que, al mando del propio Munts, tomó parte en el fracasado asalto a la Ciudadela. Más tarde, un poco a modo de Guadiana, entre prohibiciones ineficaces, autorizaciones transitorias y alguna que otra celebración pública de su Patrón. San Pancracio, la sociedad alcanzó el nuevo período de conflictos del bienio progresista. La amenaza de la unidad de acción de las asociaciones, que fuera ya bosquejada en la reunión de las barcelonesas de 1 de enero de 1841, cobraría realidad con la huelga general de agosto de 1855.

La historia de la asociación de tejedores protagoniza, pues, en buena medida, la primera fase de nuestra historia social contemporánea, que cabría situar bajo el epígrafe de «la lucha por el derecho de asociación». Sin embargo, reducida a una ritual repetición de nombres y fechas de aprobación y disolución, había llegado a perder todo interés en los manuales de historia de los movimientos sociales. Es posible que, al menos para Cataluña, la próxima publicación del trabajo de Ollé y

Romeu, realizado en su mayor parte sobre los archivos locales de la provincia de Barcelona, permita reconstruir la secuencia en toda su complejidad. Quedaría en pie la extensión del movimiento asociativo fuera de Cataluña, del que sólo tenemos indicios para Alcoy, Andalucía (quema de la fábrica Larios en 1846, huelga de trabajadores de viñas en Jerez en abril de 1843) y Madrid (asociación de tipógrafos y huelga de los mismos en julio de 1842, huelga de la construcción de abril del mismo año, o asociaciones profesionales diversas, algunas muy combativas, como la de cigarreras). En todo caso, será necesario un trabajo en profundidad sobre prensa y archivos para superar el nivel impresionista de nuestro conocimiento actual.

Entre tanto, y mientras ve la luz la tesis de Ollé, la reedición que acaba de efectuar Nova Terra de un clásico de nuestra historia social, mal conocido fuera de Cataluña, y más utilizado que citado allí desde la guerra, descubre la riqueza de resultados que cabe esperar de un análisis en profundidad de las fuentes de archivo. «Nos referimos a *Els primers moviments socials a Catalunya*, de Josep M. Vila, que vio la luz por vez primera en 1935. El complemento de un inteligente prólogo de Casimiro Martí sirve para evidenciar el doble efecto de la crisis sobre una trayectoria individual y sobre el nivel de conocimiento histórico, siendo tan significativo el abandono por el periodista catalán de sus preocupaciones históricas, para entregarse fundamentalmente a la literatura de viajes, como que hagan falta más de siete lustros para que el trabajo de un pionero —presentado por otro pionero— esté en condiciones de ser superado. Trabajando fundamentalmente sobre documentos conservados en

el Archivo Administrativo de la ciudad de Barcelona, con el complemento de la prensa local y de los archivos de Mataró, Sabadell, Igualada, etc., Vila reconstruye las líneas básicas del conflicto social en la Cataluña de 1840-1855. En cierta medida, la riqueza que muestra este redescubrimiento pone en evidencia la pobreza de buen número de trabajos posteriores: a pesar de inevitables lagunas visibles, en particular para los acontecimientos posteriores al año 1843, y la limitación de no abordar fuentes ajenas a Cataluña, los capítulos sobre la vida de la sociedad, el funcionamiento del sistema paritario, esbozado en el año 1841, y la Compañía Fabril de Tejedores del año 1842, marcan un grado de conocimiento no alcanzado hasta la actualidad. De ahí el carácter de acta de acusación, que, en cierto modo, reviste la aparición en 1972 de este valioso *Els primers moviments socials a Catalunya*, al que sólo cabe augurar que supere, en la medida de lo posible, las habituales barreras de distribución y difusión de la literatura escrita en lengua catalana, y que, por citar dos casos próximos a nuestro tema y recientes, tanto ha afectado al conocimiento de libros fundamentales, como el de Josep Maria Bricall sobre la política económica de la Generalitat o el de Miquel Izard sobre las Tres Clases de Vapor. ■ ANTONIO ELORZA.

«Inventarios provisionales»: La voz en el laberinto

CANARIAS.—La editorial Inventarios Provisionales, de Las Palmas, acaba de publicar dos libros de poesía en su colección «La voz en el laberinto». Sobre la misma colección y sobre idéntica editorial ha habido referencias en esta

revista. No es una editorial desconocida, pues. Ese hecho, cuando se habla de Canarias, es un hecho que es preciso resaltar. ¿Qué empresa cultural de Canarias se conoce de la Península, después de aquellas empresas antiguas, y digamos republicanas, auspiciadas por «Gaceta de Artes»? Ninguna. ¿Por qué? Porque, prácticamente, no ha existido



ninguna. Ahora parece surgir un nuevo movimiento cultural, del que Inventarios, con sus virtudes posibles y sus defectos probables, es uno de los baluartes principales. Sobre todo, porque es un manantial que, de momento, no cesa.

En estas últimas semanas han salido nuevos títulos de Inventarios. Son «Overdose», de Severo Sarduy, número 19 de la serie citada, y «Crónica de todos nosotros», de Luis León Barreto, número 20-21. Se anuncian títulos de Manuel Andújar y de Manuel Armiño. También se anuncian algunas empresas antológicas y el Premio Canarias de novela larga, para cuyo Jurado se espera el concurso de una pléyade de nombres que suena mucho en el concierto actual de la narrativa y de la crítica en lengua española. Para ir más lejos todavía, dentro de ese Jurado, que ya se está constituyendo, figura el secretario de la Academia Sueca, la que concede el fabuloso Nobel. El rodaje está iniciado, según todas las impresiones, y los canarios ya están subidos a la parra del despegue

cultural. El envoltorio, queremos decir, está preparado. Dentro irá el objeto cultural. Veremos qué tal cara tiene.

La cara de los libros. El pequeño libro de Severo Sarduy, «Overdose», ha salido a la calle en la misma fecha en que se le concedía en París a este escritor cubano el premio al mejor libro extranjero publicado en Francia por su obra «Cobra», traducida por Philippe Sollers, una de las cabezas grises del grupo «Tel Quel» (ver TRIUNFO, número 532). «Overdose» es una revolución de la palabra y del sentido mismo de la poesía. Severo Sarduy es un hombre que escribe escuchando sus palabras, un hombre que puede escribir con el ruido del tantán negro, pero que no podría escribir jamás en Madrid, como nos dijo en una ocasión. En este pequeño volumen de poemas se afirma esa riqueza musical de Severo Sarduy. En una cierta medida, «Overdose» es un homenaje a la música. Por otro lado, se trata de una reivindicación de la belleza del mundo negro a través de algunos de sus mitos más encarnados. Con todo este material, y con su conocido poder de fabulación y de destrucción de la misma palabra que forma el objeto llamado poesía, Severo Sarduy construye un libro pequeño, pero redondo. Un libro en el que se incluyen todos los apuntes precisos para hacer una historia de la transgresión revolucionaria, desde Jean Genet a James Baldwin. Esa última referencia a un libro de este último («hay que arrasarlo todo/la próxima vez... ¡el fuego!») es un programa de conducta del autor de «Gestos»; al lado del programa de conducta, que de esa manera se manifiesta revolucionario, la sublimación del cuerpo, negro, sensual, libertario. África y América, quiere decirse, a través de la palabra y un mucho a través del tacto.

El otro libro es «Crónica de todos nosotros».